

# *La Maravillosa Aventura de las Colonizaciones*

BAJO EL SIGNO DEL DOLAR

(Primera Parte)

Por HERNANDO GAITAN L.

"La victoria es una prueba que permite, al igual que la derrota, medir la fuerza de las Naciones".

André Maurois.

## UNA VISION DEL PASADO.

Si por obra del sortilegio, alguien pudiera retornar al ayer y recrearse en la contemplación del mundo estadinense de mediados de 1700, hallaría en primer término que en tan vasta extensión apenas moraban un millón doscientos cincuenta mil (1'250.000) habitantes de raza blanca y doscientos treinta mil (230.000) de gentes de color. Los indios que antes deambulaban como dueños absolutos, habían sido rechazados hacia las selvas, donde añoraban la inmensidad de las llanuras, las grandes manadas de bisontes y los ríos largos, casi interminables, donde abrevaban sus caballos. Ya sus rostros pintarrajeados, sus tocados de plumas, sus trenzas negras y sus fuertes lanzas y tomahawks, no inquietaban el sueño de las mujeres y de los niños blancos.

Con excepción del Sur, donde algunos caballeros que se establecieron en los tiempos de Cromwell, que enviaban sus hijos a Oxford, que pintaban sus escudos de armas en la portezuela de sus coches y que reinaban sobre un pueblo de esclavos, los demás colonos pertenecían a las clases medias. En el Norte, dado su peculiar origen, las clases dirigentes pertenecían en un principio al sacerdocio. Mercaderes y armadores, llegados a más, formaban una pequeña nobleza campesina, que en muchos casos se identificaba por un bacalao, dispensador de riquezas, en los blasones de sus residencias. En algunos estados de tradicional alcurnia, ciertas familias poseían carrozas, al par que otras muchas se distinguían por las calesas

y la abundancia de caballos. Ya ciertos retozos democráticos, que se incrementarían con el tiempo, consideraban inadmisibles que los abogados y otros funcionarios de provincia, se permitieran lucir como en Inglaterra, bordaduras doradas y poseer un coche. Los puños y pecheras de blonda eran todavía, patrimonio de las clases adineradas. En las universidades existía el orden de prioridad, lo mismo que en las iglesias y monasterios, según el rango de la familia: El artesano y su mujer no pasaban de ser "goodwife". Al peón se le designaba por su nombre únicamente. Quien no fuera descendiente de "Gentleman", no podía ostentar sobre la lápida de su tumba, el "Mr.", que pregonara su alcurnia. La pirámide social se empinaba sobre los criados y por último sobre los esclavos. Pero el sistema de clase no podía prosperar en un país donde sólo bastaba caminar hacia el Oeste, para sustraerse al mismo.

La frontera, ese espíritu de amplitud, ese sentimiento de expansión que acompañaba a los pioneros, así como la soledad del ambiente, tendían a seleccionar determinados tipos de revoltosos, aventureros y descontentos. Todas estas condiciones ajustadas a las necesidades físicas, descartaban lo que trascendiera a lujo y refinamiento y traían como consecuencia una nivelación de los rangos sociales. No obstante, fueron muchas las oportunidades ensayadas para imponer una aristocracia en el nuevo país. Así pues, la democracia no fue deliberadamente introducida, sino que el medio y las condiciones intelectuales, así como las circunstancias que habían influido en los impulsos de liberación de la gran mayoría de los inmigrantes, obraron solidariamente para consagrar desde la base de la pirámide hasta su cima, una concepción popular y una solidaridad futura para con los perseguidos y los necesitados de apoyo, que no obstante la imposición, algún tiempo después, de un imperialismo absorbente y rapaz, no lograría ni lo ha logrado aún, extirpar ese sentimiento de la conciencia y del corazón de los estadinenses, hasta nuestros tiempos contemporáneos.

Para que la concepción democrática se abriera paso en este mundo difícil y un tanto extraño, fue necesario y quizás inevitable, que las distintas capas de población fueran asimilando las condiciones y modalidades que predominaban en las distintas regiones. Tal era el caso de los puritanos de nue-

va Inglaterra, que pese a la autonomía de sus iglesias y a su desprecio, por los jerarcas religiosos y las testas coronadas, no barruntaban al principio qué democracia estaban modelando. En nuestro ensayo anterior sobre Inglaterra dejamos sentado que idea inicial era establecer una teocracia, un gobierno por la voluntad de Dios. Algunos historiadores de su época dejaron consignado que el ilustre pastor John Cotton compartía la opinión de su maestro en teología, Juan Calvino, de que era preferible una aristocracia a una monarquía absoluta o una democracia sin restricciones. Tal se desprende de la pregunta que se formulaba a este propósito: "¿Si el pueblo gobierna, quién será el gobernado?". Los Magistrados, a su turno, que debieron interpretar y hacer cumplir los designios divinos, se caracterizaron siempre por una honradez intachable y una obediencia ciega, a menos que pecaran por desleales a su profesión. Pero no fue el destino de esta teocracia prolongarse por mucho tiempo. Los nuevos pobladores, más que con la voluntad de fundar una nueva iglesia, influían incesantemente con la idea predominante de procurarse un mejor pasar. Así se fue conformando una nueva raza de hombres rudos, sencillos, prácticos y democráticos, que olvidándose del puritanismo, desembocaron en lo que habría de ser el yanqui, por el mero hecho de que las tierras baratas y la ayuda mutua, fomentaron una democracia económica, que le cerraba el campo a la aristocracia. Pero, con el correr del tiempo, esta democracia ideal de filósofos y pensadores, se iría desvirtuando hasta convertirse sólo en igualdad jurídica y política, frente a una tremenda desigualdad social-económica.

Así la influencia de lo que se ha convenido en llamar frontera, predominaría en la conciencia de los estadinenses. Escritos del siglo XVIII, entre ellos uno del Coronel William Byrd, de Virginia, consignan el poder y el arraigo de esta influencia en la mente sencilla de los hombres de entonces y en la de los que habrían de seguirlos, pese a los cambios del medio y de las pautas culturales, a juzgar por la siguiente transcripción: "Donde quiera que fuéramos, encontrábamos entre los comarcanos un sentimiento contrario a que sus tierras fueran anexadas a Virginia; preferían más bien pertenecer a Carolina, donde no se les exigía rendir tributo ni a Dios ni a César...".

## LA CUESTION RELIGIOSA.

No obstante los prejuicios religiosos, los fundadores de Nueva Inglaterra, puritanos en su totalidad, poseían una cultura general y estaban persuadidos de las ventajas que reporta un clero ilustrado. Tenían la convicción de que los eclesiásticos no debían ignorar las lenguas clásicas y de que hasta el mismo lego fuera capaz de leer las escrituras. A no dudar, estos primeros exponentes de la nueva iglesia, surgidos como protesta y oposición a la política religiosa desarrollada por los representantes del papado e Inglaterra, e impuesta sin restricciones en los estados de Europa, desde las sombrías épocas que caracterizaron la Alta Edad Media y que se prolongarían para combatir a los filósofos, humanistas y científicos que revelaron y preconizaron la libertad de disentir y pensar, en los primeros tiempos de la vida moderna, constituyeron la piedra angular de más de un sistema de enseñanza. Ello se evidencia en un hecho definitivamente comprobado, como fue el de la gestión trascendental que cumplieron en su época, en su momento histórico, los calvinistas holandeses, escoceses y suizos, auténticos creadores de las escuelas públicas.

La Sociedad de amigos, a quienes en la época colonial se distinguió con la denominación de cuáqueros porque al apoderarse de ellos el hálito, los hacía temblar, fueron los que llevaron el protestantismo puritano hasta sus últimas consecuencias. Ellos creían y predicaban, que Dios sólo importaba a la experiencia interior; que todo hombre pudiendo ser elegido por el Señor como intérprete, hacía innecesario el ministro profesional; que la contemplación silenciosa, era la mejor forma de la oración, que todo acontecimiento de la vida, puede ser una cima, si es la ocasión de una comunión con el espíritu. Su temperamento pacifista los llevaba a adorar más a un Dios del Amor, que a un Dios de la Venganza. Su firme posición frente a las demás iglesias, había desatado contra ellos un odio invencible por parte de sus opositores, que los obligó a dejar Inglaterra y buscar terrenos más propicios para el libre ejercicio de su culto. Pero en los futuros Estados Unidos también despertaron animadversión, hasta que por fin William Penn, obtuvo de la Corona en 1681, una carta que les confería en propiedad intangible un territorio entre Massachusetts y Maryland, tan extenso como Inglaterra y el país de

Gales, donde organizaron un gobierno libre para poder realizar "la santa experiencia de un país en donde reinaría el amor y no la violencia".

Pese a las diferencias de concepto que provocaron el divorcio entre estas sociedades y los altos jefes de la Iglesia de Inglaterra, sus ideas religiosas y filosóficas sólo se diferenciaban hasta cierto punto de aquellas, en la época colonial. Al huir de Inglaterra, pretendían hallar tolerancia y libertad y por ello se alarmaron cuando se pretendió establecer en América la Iglesia de Inglaterra. Sin embargo, los Clergyman de la Iglesia Episcopal, menos recalcitrantes que los Congregacionistas, iban a ordenarse a Londres.

#### LA EDUCACION.

"Para que el saber no quede sepultado en la tumba de nuestros padres", el preámbulo de la Massachusetts School Law preveía la necesidad del concurso público para el sostenimiento de las escuelas. Pero aún más: válido para aquellos tiempos, pero que hoy tendría visos un tanto parroquiales y por demás humorísticos, una de sus provisiones consagraba la oportunidad que la ignorancia brindaba a las fuerzas del mal, al "viejo misticador de Satanás". Y para contrarrestar las malas intenciones de tan "astuto potentado" e impedir que las almas yanquis pudieran caer en sus garras, cada núcleo de 50 familias proveería un maestro que les enseñara a leer y escribir. Cuando los habitantes llegaran a constituir 100 familias, se pondría en funcionamiento un "Latin Grammar School", como plantel elemental de latín.

En las regiones fronterizas no podía operar este sistema porque las cuatro *Reading, writing, arithmetic y religion* (lectura, escritura, aritmética y religión), se consideraban más que suficientes como instrucción, para no hacerle otros agregados.

Las primeras instituciones de enseñanza que abocaron estudios superiores, fueron el Harvard College de Williamsburg Virginia. Se había iniciado en 1636 con la idea de mantener un cuerpo eclesiástico competente, lo que constituyó en ese entonces una aventura en el campo de la instrucción pública. Las donaciones de su benefactor John Harvard, le dieron gran

impulso, que le otorgaron con el tiempo justa y bien merecida fama. Como reacción contra el creciente liberalismo teológico de Harvard, vió la luz la institución de enseñanza "Yale", con características en un principio conservadoras radicales. En el siglo XVIII también surgieron a la vida, el "New Jersey College" de Pricenton, hoy universidad; el "Kings College", de la ciudad de Nueva York, hoy Universidad de Columbia; una Academia en Filadelfia, hoy Universidad de Pensilvania. Con el tiempo, casi raudo en el desarrollo de los Estados Unidos de Norte América, los estudiantes y también las estructuras y moldes pedagógicos, se fueron olvidando de la perspectiva religiosa y se adentraron en el Helenismo, menos profesionales, pero persiguiendo una cultura general más amplia. Con esta orientación, la enseñanza superior norteamericana seguía las huellas de las universidades europeas. Ya para finalizar el siglo, la opinión se quejaba de que los alumnos no habían confraternizado en asociación cristiana alguna. Con todo, no faltaban voces retrógradas que como la de William Berkeley, se jactaba de que en la Virginia del siglo XVII, no existían escuelas gratuitas, ni imprentas, y que jamás posiblemente se llegaría a esta situación.

Es justo llegar a la conclusión, de que el esfuerzo docente en el período colonial, es digno de reconocimiento, a pesar de las dificultades e impedimentos materiales, propios de un medio en construcción.

## LA CULTURA.

No es tarea difícil indagar el grado de adelanto alcanzado en los demás conceptos de la cultura, tales como las artes, en la facilidad de expresión del hombre medio y en la de sus conductores intelectuales. En grado intermedio, no obstante haber sido posiblemente uno de los responsables del vergonzoso terror a la hechicería en la ciudad de Salen, que cobró 19 víctimas entre hombres y mujeres, al puritano Cotton Mather, le correspondió el honor de haber sido uno de los primeros en aplicar la inoculación preventiva contra la viruela, arriesgando el ensayo audazmente con su propia familia, en desacuerdo con los médicos un tanto conservadores de entonces. Aun cuando este acto no lo absuelva de su terrible falta, sí es justo reconocer en su favor esta loable participación en

la lucha contra el temible flagelo. En grado superior, aun cuando no fueron muchos, los norteamericanos pueden sentirse orgullosos de haber participado desde la época colonial al progreso de la cultura en el Nuevo Continente y quizás del mundo europeo, con hombres de la talla de Benjamín Thompson, quien no obstante de formación europea, fueron con todo un hombre americano; Benjamín Franklin, el más típico exponente de la historia de los Estados Unidos y John Smith, que aportaron material valiosísimo para los investigadores del futuro. Cabe también mencionar a otros nobles elementos, como fueron Edwards y Bradford.

Como todo país en desarrollo, sus gentes no tuvieron siempre la oportunidad de disfrutar de las prerrogativas de los países saturados de viejas culturas. En el caso de la música, que ya los europeos habían consagrado en su diversidad de estilos, no tuvieron la oportunidad ni el beneficio de disfrutarla como aquéllos, sino algún tiempo después. Y por lo que hace al arte pictórico y a la escultura, seguían y seguirían por mucho tiempo, dependiendo de los europeos. Lo anterior no obsta, para que ya en los años entre 1820 y 1900 pudieran observarse algunos progresos, que con todo no podían compararse con las agraciadas y sobrias casas y pequeñas iglesias de los siglos XVII y XVIII. El mobiliario y la porcelana, los cristales y los trabajos en metal de la época colonial, son valuados en la actualidad en precios exorbitantes, como apreciación artística de las cosas bellas, y no sólo por su antigüedad. En lugar de las casas quintas en piedra o ladrillo de la campiña inglesa, la verdadera innovación americana la constituían las casas de madera, cuya construcción propiciaban los bosques de la región.

Por lo que hace a la lengua inglesa, de la que nos ocupamos en el ensayo sobre Inglaterra, con algún detenimiento, ciertos escritores como H. L. Hencken, han llegado hasta afirmar la existencia de una lengua americana, distinta de la inglesa, considerando para ello las diferencias de acento, pronunciación, vocabulario y modismo. Tal apreciación no es muy valedera, si nos atenemos a las "lenguas" de algunas regiones inglesas tales como Lancashire, Somerset y las partes bajas de Escocia. En los Estados Unidos de Norteamérica, como en casi todas las regiones objeto de colonización foránea, se escuchan aún en pleno siglo XX palabras y frases reminiscentes

de los idiomas que se hablaban en los siglos XVI y XVII, que ya no se estilan dentro de los idiomas modernos. Exacto fenómeno puede observarse en muchos de los países de habla hispana del Continente Sur.

## LA ESCLAVITUD.

En la época colonial, en los Estados Unidos de Norteamérica, así como en casi todas las regiones conquistadas por los europeos, existió en unas con mayor intensidad que en otras, la terrible institución de la esclavitud. Los hombres objeto de este tráfico, considerados como bienes muebles, fueron víctimas de procedimientos tan inicuos, que la sola visión que nos deparan el cine, la televisión y la profusa literatura, nos produce una aterradora sensación de angustia y desolación. En los viajes de sir John Hawkings al Africa Negra, los ingleses iniciaron el comercio de esclavos para sus posesiones de ultramar. Ya con anterioridad, por razón de haber sido los primeros conquistadores, lo habían practicado intensamente españoles, holandeses y portugueses, reviviendo así las épocas de Grecia, Cartago, Roma y los países asiáticos. Es oportuno recordar que en casi todas las colonias españolas del Continente Sur, la esclavitud se practicaba entre los aborígenes, como consta en muchas de las memorias de los conquistadores. Y más hacia atrás, bien vale evocar los tiempos bíblicos. Sin embargo debemos dejar constancia, que no sólo los africanos fueron víctimas del innoble tráfico. En la antigüedad los romanos esclavizaron a las gentes de los pueblos del Norte, y los griegos llegaron a practicarlo con sus propios ciudadanos, en virtud de las leyes que regulaban el sistema de préstamos. Hubo también una época en que los presos políticos y los penados debieron trabajar junto a los esclavos negros. Fue hacia 1619 cuando los holandeses vendieron a los virginianos el primer cargamento de esclavos con destino al continente. De ahí en adelante, se desató la esclavitud como reacción en cadena, pero no en la totalidad de la región que cubre Estados Unidos. Fueron zonas propicias a lo que podríamos designar como de grande esclavitud, por sus extensas plantaciones de caña de azúcar, arroz y tabaco, las regiones de Virginia, Maryland, Massachusetts, Georgia, Carolina del Sur y otras, en menor escala. Resultaron ineficaces para contener el flagelo, los escrúpulos de los primeros puritanos y las humanitarias objeciones

de algunas asociaciones humanísticas. El hecho económico terminó como siempre por imponerse, pues restringió a los Estados del Sur, en un tiempo relativamente breve, la esclavitud masiva. Desde el momento en que se protocolizó este acontecimiento, se inició la pugna entre el Norte y el Sur, que habría de cobrar proporciones inesperadas e incalculables. Como consecuencia o resultante de la esclavitud, sería la aversión que provocó en el trabajador blanco, el vocablo y la idea de sirviente. El se reemplazó sin oposición alguna por los términos ingleses, *help, hired man y hired girls*. En las colonias inglesas, como en las españolas, portuguesas y holandesas, se intentó en un principio, con fatales resultados, el empleo de los naturales como esclavos. Zonas enteras fueron diezmadas y sólo el clamor de los intelectuales, humanistas y sociedades religiosas, logró evitar su total destrucción. Su discontinuación, desató la persecución más cruel contra los pueblos africanos.

La esclavitud y sus implicaciones habrían de influir poderosamente en la conformación del pueblo norteamericano. Los *indentured servants*, que antes de embarcarse se alquilaban por medio de contrato por cinco años, pues no podían sufragar los gastos marítimos de viaje, podían, una vez cumplido su compromiso, convertirse en pioneros. Con todo, estaban abocados a dos alternativas: si tenían éxito, podían fundar un linaje de plantadores; si fracasaban en su intento, volvían a ser unos *pobres blancos*. En el Sur, entre blancos poderosos, la esclavitud había establecido una especie de igualdad. Un *pobre blanco* era siempre un blanco, como en los lejanos tiempos de Atenas, siempre era un ciudadano ateniense, cualquier pobre hombre, siempre que fuera ateniense. Con el correr del tiempo, ya muy estabilizada la esclavitud, el espíritu del Sur comenzó a obsesionarse por el temor al Norte. En 1755 había en Carolina del Sur mil negros contra seis mil blancos, pero entonces aquéllos eran unos salvajes recién llegados del África, que odiaban a sus amos, quienes a su turno les tenían pánico, lo que iría fomentando la discordia y un violento sentimiento racial.

#### LA POLITICA.

La clase obrera, formada por los *pobres blancos*, se quejaba con justicia de que los *gentlemen* sólo les hablaba con corte-

sía, en vísperas de las elecciones, costumbre que ha sido un hábito y lo seguirá siendo, en casi todos los países del mundo, por causa de las desigualdades sociales, especialmente en las regiones objeto de las últimas colonizaciones. Pero en los Estados Unidos, poco a poco, en la medida que crecía la importancia del obrero, porque la mano de obra era muy solicitada, tanto los salarios como las relaciones entre ricos y pobres, subieron de nivel, lo que sería el comienzo para la igualdad de los derechos cívicos.

Todos los Estados poseían una legislación compuesta de dos cámaras. En algunos se elegía popularmente el gobernador y en los otros lo designaba la Corona o los propietarios. Ocurría sin embargo que en ocasiones se compraba el cargo. Se relaciona a este propósito el caso de Clarke Junior, hijo de un Teniente del Gobernador de Nueva York, que escribió a un Ministro inglés. "En caso de ser nombrado mi padre, pagaré inmediatamente a su señoría la cantidad de mil libras esterlinas, para indemnizar a su señoría de sus gastos". También entonces, como en las colonias españolas, las relaciones entre estas últimas y la Corona dejaban mucho que desear, debido en buena parte a las distancias, a juzgar por el siguiente comentario de un colono: "Hogaño os quejabáis ante el Parlamento; el año que viene, el Parlamento enviará a alguien para realizar una información, y un año después, el Gobierno habrá cambiado". Las sesiones públicas (Town meetings), eran previamente preparadas en reuniones privadas en las tabernas, o en su defecto, por Juntas, comisiones de ciudadanos activos.

Fue permanente ambición de la Corona reorganizar la Administración de las Colonias. En ese empeño transcurrió siglo y medio sin resultados positivos y la situación vino a compliarse en tanto por los desórdenes políticos de Inglaterra, cosa que aprovecharon aquellas para organizarse por ellas mismas. Durante el reinado de Carlos II, éste creó un Comité Permanente de Comercio y Plantaciones, y pretendió unir las Colonias del Norte bajo el mando de un solo gobernador.

## LA VIDA SOCIAL.

La Common Law inglesa era el estatuto por el que se guiaba la vida privada de los norteamericanos. Conforme con

ella el marido era el amo absoluto de la comunidad. Administraba sin sujeción a ninguna norma los bienes de su esposa y tenía el derecho de negar a ésta el dinero para sus gastos, fijando él mismo el presupuesto familiar. En algunas colonias le estaba permitido hasta pegarle para afianzar la autoridad del Jefe de familia. Cuando Jeferson vivió en París, su asombro no tuvo límites cuando observó que algunas mujeres, sin acompañamiento alguno, visitaban a los políticos que ejercían el poder. Cuán distinto a mi país comentaba en estos términos: "Parecería inconcebible en un país como el mío, en donde el bello sexo no pretende ejercer su influencia más allá del hogar doméstico". Más adelante agregaba: "La compañía de un marido, los cariñosos cuidados dispensados a los hijos, el cuidado de la casa, el embellecimiento del jardín, son suficientes para llenar de una sana y útil actividad todos los instantes de una mujer americana". Vale comentar que en aquellos días las mujeres se casaban muy jóvenes y morían generalmente de sobrepeso, y que el viudo volvía a contraer nuevamente, pues era pública opinión, que vivir en la castidad era penoso, y vivir en el pecado, peligroso. El descollante papel del hombre en esta sociedad, le permitía, siempre que lo juzgara conveniente, hacer sufrir a las hermosas mujeres de color el derecho del plantador. Pero si el caso se presentaba con una mujer blanca, el período de servidumbre se prorrogaba por un año más. Las costumbres tan diversas de unas regiones a otras, determinaban que en ciertos Estados, los divorcios fueran muy raros, porque ni la iglesia católica ni la Episcopal lo autorizaban, en cambio, en otros, inspirados en el Antiguo Testamento, la ley autorizaba a repudiar la mujer. Ninguno de estos casos ocurría entre los cuáqueros, cuya ceremonia matrimonial consistía en un sencillo juramento de fidelidad, pronunciado ante testigos. La autoridad paterna, por causa de la facilidad de encontrar siempre un trozo de tierra o un oficio, daba base para que los hijos la quebrantaran o hicieran inaplicable cualquier norma religiosa. Desapareciendo muy pronto, por estas u otras razones, el derecho de primogenitura y el mayorazgo, vestigios de las sociedades feudales. Era costumbre, como ocurre en toda sociedad provinciana, aburrida y monótona, aún en nuestros días en ciertas regiones de los países subdesarrollados, que los entierros fueran motivo o pretexto para la celebración de banquetes y con-

tinuas libaciones, pese a que los sacerdotes tronaban contra esta costumbre, tan combatida por la iglesia.

Pese a la injusta organización social, en el Sur la vida poseía muchos encantos. Se organizaban bailes a los que concurrían todos los plantadores de la vecindad a caballo o en calesa, que bailaban *jigs* o *reels* y danzas rústicas de gran colorido; los juegos de naipes hacían furor y se bebía en las casas privadas ron, aguardiente, cerveza y cidra; los señores ricos organizaban grandes cacerías a caballo, con zorros importados de Inglaterra. Las ferias de ganado como en Europa, atraían comerciantes y visitantes, con gran profusión de bebidas, tiouvivos y juegos de todas clases. La afición por la música se fue extendiendo rápidamente y en Charleston, la sociedad de Santa Cecilia daba conciertos e invitaba a músicos franceses. Con el debilitamiento del puritanismo el teatro fue autorizado y cobró gran auge hacia 1754.

El centro de la vida era el hogar, cuyos interiores eran copia de los ingleses u holandeses, que empleaban en su decoración chapas de madera muy sencillas, papeles pintados, ventanas con cristales pequeños, y sobre las chimeneas, porcelanas que representaban episodios de la Historia Sagrada. En el centro de la mesa se colocaba invariablemente una biblia, procedente de Londres o de Amsterdam. Colgaban en las paredes retratos de antepasados y de miembros de la familia, y en algunas moradas de ricos, pinturas de notables artistas americanos o de pintores de Florencia y Basilea.

## LA ECONOMIA.

El progreso creciente del mundo de origen británico ha dado cabida a múltiples interpretaciones y teorías, que aún son tema para mucho tiempo. Considerando los distintos factores que pueden haber influido decisivamente para llegar a este asombroso resultado, uno de ellos resalta poderosamente, como es el del aumento de población, indicio muy elocuente en el desarrollo de varias naciones del mundo, en distintas zonas geográficas. Son varios los historiadores y comentaristas de historia que se han atrevido a afirmar, en el caso de los Estados Unidos, que el éxito se debió a los métodos británicos de colonización. Otros aprecian que no se obtuvo gracias a dichos métodos, sino a pesar de ellos. A este propósito, nos

limitaremos únicamente a señalar, que guardadas proporciones, este fenómeno de progreso ha sido notorio en otras regiones de colonización británica, como son Australia, Canadá y Sur Africa. También es del caso reconocer, que la prosperidad de muchos países se ha debido sobre todo a la agricultura, la caza y la pesca, antes de desembocar en su producción industrial. En las colonias inglesas del Norte estos tres factores contribuyeron poderosamente, si apreciamos que Estados Unidos es país agrícola por excelencia, y que ésta y la pesca, aún en pleno siglo XIX, continúan siendo de gran importancia para ellos. También es justo reconocer, para apoyar los anteriores comentarios, que hacia 1770, las ciudades eran raras en las colonias y que ellas representaban apenas el 3.8% de la población total. Más de nueve décimas partes de los colonos trabajaban la tierra en ese entonces. Los demás eran mercaderes, armadores, marinos, mineros y artesanos.

Las siguientes cifras permiten apreciar con cierta certeza el crecimiento de este gran país del Norte: "En 1640 las colonias contaban 25.000 habitantes; en 1690, doscientos mil; en 1770, cerca de dos millones. Esto da margen para precisar nítidamente, que la población se decuplicó entre 1690 y 1770. ¿No sería en la realidad que los métodos británicos fueron buenos? En cambio, las manufacturas, debido principalmente a la oposición británica, eran insignificantes en el juego de la economía. Y esto era apenas natural en el ciclo mercantilista. Los ingleses a más de la explotación de los recursos naturales, estimaban las colonias como un gran mercado para sus manufacturas. Ellos luchaban denodadamente para liberarse de la importación de vinos de Francia; de las especias de Portugal; de las maderas de Suecia, y para disponer también de vasijas de barro, aceites de ballena, salitre, pez, cáñamo, etc. Por lo demás, esta política no era exclusiva de los ingleses, sino que estaba ligada inexorablemente al sistema mercantilista, que consideraba que la prosperidad de un Estado, dependía siempre de obtener un balance favorable de exportaciones e importaciones. Sintetizando el monopolio de las manufacturas permitió a las colonias inglesas desarrollar su agricultura. Esto no aconteció en las colonias españolas, que por circunstancias que se tratarán al hablar de España, afectaría en estas, todas las líneas de producción que permiten vivir a cual-

quier estado, bajo cualquier circunstancia. Las condiciones que primaban en las colonias inglesas frente a la metrópoli, serían cuando estas comenzaran a llegar a la mayor edad, la ruta de liberación y el nacimiento de un gran estado americano.

Pese a las restricciones impuestas por la Corona Británica, el contrabando que constituyó un azote para las colonias españolas, se practicaba con éxito en las colonias inglesas. Se le llamó comercio triangular, porque si por ejemplo un mercader de Boston compraba trigo y lo vendía a Portugal por un cargamento de vino, el que a su turno trocaba en Inglaterra por paños y sombreros, debidamente autorizado por las autoridades aduaneras, había logrado perfeccionar una operación de contrabando, dentro de un sistema aparentemente lícito, puesto que las primeras operaciones eran desconocidas por los ingleses. O bien, el comerciante americano podía comprar maleza en las Antillas, transformarla en ron en Boston, trocar el ron por esclavos en Guinea y vender los esclavos en las Antillas por un nuevo cargamento de maleza. El contrabando producía tales utilidades que casi todos los comerciantes se dedicaban a él. También podía apreciarse la corrupción de la burocracia, pues los funcionarios encargados del control, o se dejaban sobornar o continuaban viviendo en Inglaterra, cobrando su sueldo, sin ocupar jamás sus cargos en América.

En un comienzo tal como aconteció a los colonizadores españoles en Suramérica, la agricultura colonial norteamericana debió aprender mucho de la agricultura de los indios. Estos, con utensilios primitivos, sabían labrar la tierra, fecundarla prendiendo fuego a las raíces y ramas secas para que la ceniza sirviera de abono, e inclusive, poseían la técnica de alternar las cosechas. Cultivaban el maíz, hasta entonces desconocido en Europa, excavando agujeros y plantando en cada uno cuatro granos de maíz, con dos de habas. Tampoco les eran desconocidos los cultivos de trigo, avena y centeno. Partiendo de estas bases, los colonos aplicaron las semillas y las técnicas europeas, con una voluntad que no conoció límites, hasta convertir aquellas tierras en la más próspera agricultura del continente. Simultáneamente, iniciaron la importación de ganados, que se multiplicaron rápidamente, alcanzando gran éxito en el ramo de la lechería.